

# LA PLAZA EN LAS CIUDADES MENORES DE ÑUBLE

ARQUITECTO DR. HANS FOX TIMMLING



Hans Fox Timmling

Plaza de Coelemu.

Desde tiempos antiguos la plaza fue un lugar central en la ciudad, muchas de las veces centro geométrico, pero casi siempre foco principal en el espacio de las actividades civiles y culturales de una sociedad. Esto significa que las funciones de gobierno, las religiosas, militares y las comerciales junto con las viviendas de los notables se localizaban alrededor de las plazas fundacionales. Esta idea de centralidad la vemos en el plano de la ciudad de Priene en la Grecia antigua. Más recientemente también vemos esto mismo en un Plano de Palma

Nuova del renacentista italiano Scamozzi del año 1593.

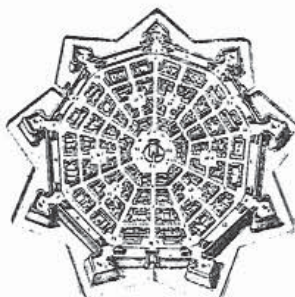
En la planimetría histórica de las primeras ciudades hispano-americanas la plaza representaba la centralidad y era algo así como la "cara" que indicaba la importancia y el rango de la ciudad. Ejemplo de esto lo tenemos en un plano de la transformación de la ciudad de México en el siglo XVI. A la llegada de Hernán Cortés, en el centro de Tenochtitlán dominaba el gran centro ceremonial. Este conjunto ceremonial configuraba una gran plaza, la que ocu-

paban con sus monumentales pirámides descazadas, escalinatas imponentes, templos y patios sagrados y terrazas ceremoniales. En este gran espacio central también estaba la sede del mercado, el palacio del monarca y el de los nobles. Podemos apreciar esto en una gráfica planimétrica del Códice Ramírez. La superposición del urbanismo hispano sobre el urbanismo precolombino azteca, en el caso de la ciudad de México-Tenochtitlán, reforzó el rol y la jerarquía de la plaza como el espacio de la máxima centralidad, aunque se cambió la espacialidad. Porque los españoles concebían la plaza como un "vacío" configurado por un borde edificado, lo más continuo y monumental posible y en donde debían localizarse los principales poderes de la sociedad conquistadora. Esta sería la principal característica de la plaza hispano-americana.

Con todos estos ejemplos hemos querido resaltar que en la cultura hispánica la plaza mayor estaba destinada a ser el lugar de mayor centralidad, representación y jerarquía en la ciudad. Esto significaba que debía ser configurada como "espacio vacío" a partir de unos bordes arquitectónicos continuos y monumentales, que también alojarían las funciones principales de la ciudad: la Catedral, el Cabildo, los comercios de arcos y las casas de los notables eran justamente estas edificaciones principales. La retícula vial de la ciudad hispano-americana tenía que ser trazada desde la plaza mayor. Así fue prescrito por las Leyes de Indias y así procedían los alarifes. Pero veamos ahora si esta experiencia histórica es incorporada y continuada en algunas de las plazas principales de tres ciudades menores de la provincia de Ñuble en la Octava Región: Coelemu al sur de Itata, Quirihue y San Nicolás al norte.



Plano de la ciudad de Priene.



Palma Nuova, Scamozzi (1593).



Croquis de Tenochtitlán, México.



Plano de la fundación de Santiago de León, hoy Caracas, Venezuela.

## La Plaza de Coelemu (Crónicas urbanísticas regionales)

A la plaza de Coelemu dan ocho calles y tiene el tamaño de cuatro largas cuadras, que enmarcan un "vacío" monumental y rectangular para el tamaño y el rol de Coelemu en su territorio. Desde la plaza vemos una geografía extensamente plantada de pinos en lomajes y hondonadas, desplazando el variado mosaico de añosas viñas enanas que apenas pueden cubrir las rojizas y profundamente erosionadas tierras en pendiente. En esta plaza un trazado de dos diagonales la cruzan rotundamente junto con un cinturón, generoso veredón peato-



Monumento a Arturo Prat, Plaza de Quirihue.

nal, que la ciñe perfectamente. Palmeras, pinos, coigües, cedros y ciruelos orientales compactan una nube verde sobre los embaldosados que cruzan la plaza en direcciones precisas. A la sombra de este bosque domesticado por podas y mochaduras, innumerables bancos proporcionan descanso y asiento a los habitantes de Coelemu.

Los bordes construidos de la plaza nos muestran una arquitectura menor de dos pisos de altura. A excepción de la Municipalidad y las iglesias católica y evangélica. Casas de madera se juntan con otras de adobe estucado, en una gran fachada continua que muestran sus tejados anchos y coloniales. En invierno, me cuenta la gente, que el agua cae como un río del cielo. Por eso los exagerados techos de tejas que vemos desde la plaza. Hay un predominio de edificaciones bajas y un gran sitio erizado de malezas. En las esquinas de la plaza están los almacenes. Uno pintado de azul añil y el otro, al otro extremo y enfrentados diagonalmente, de un color verde loro que cuesta mirarlo de frente. Se trata de almacenes de abarrotes y venta de alcoholes. En la otra esquina, una fuente de soda toda naranja por dos de sus fachadas, nos anuncia que adentro venden chocolates, yoghures y cervezas para los más sedientos.

Pero también en una de las esquinas de la plaza la gente hace grupo y se toma su tiempo esperando que salgan los buses a Quirihue. Ñipas o Tomé. Con toda calma un muchacho enjabona los ventanales del bus a Trehuaco. Canastos, gallinas ensacadas y quintales de harina se amontonan en medio de hombres de campo que hablan muy poco.

Los domingos por la mañana el trote de los caballos, aumentado por el golpe de las herraduras en el pavimento, crea un espacio sonoro de ritmos casi coloniales. La plaza se llena de aires juveniles que buscan el encuentro y la conversación fácil. Los niños comen helados y las lolas muestran sus mejores formas. Los viejos ocupan parsimoniosamente casi todos los bancos de la plaza. Pero el lunes por la mañana todo es tan distinto. Los bocinazos y el rugir de los pesados camiones cargados de troncos y que circulan por todos los lados de la plaza, nos vuelven a la realidad de Coelemu de fines del siglo veinte: una ciudad menor que proporciona servicios y diversión a los técnicos y trabajadores forestales que se están avvicinando por aquí.

Sobre los prados, enmarcados como retazos triangulares y romboidales, se pelean los perros a vista y presencia del público. En el crepúsculo la juventud se junta en la plaza y las risas sólo son enmudecidas por las radios a pilas que a

todos mueve al ritmo de una salsa insinuante. Una gorda pasa corriendo con un helado en la mano. Un rapaz viene vendiendo tortillas de rescoldo. A la puesta del sol los evangélicos cantan su fe ante su templo y predicán el castigo eterno a los pecadores.

El espacio de la plaza es ancho y generoso. Los bordes arquitectónicos mesurados y bajos evitan que se produzca una sensación de gran encierro espacial. Las cuatro esquinas de la plaza, bajas y abiertas, dejan entrar el paisaje y el cielo de un azul tan intenso es sobrecedor. La plaza de Coelemu se constituye en una centralidad cívico-social más que comercial. Los bordes son más bien monofuncionales y no se aprecia una demanda por densificar y diversificar el uso de las edificaciones. Es una plaza de ciudad que se usa como si fuera una de pueblo. Tiene una relativa sofisticación de diseño planimétrico.

Tampoco faltan en ella los monumentos que refuerzan los valores patrios primarios y las tradiciones más encarnadas. Dos balas de cañón apuntan amarillas al cielo, un ancla y unas cadenas vigorosas rodean una base rojiza de granito de imitación, creando un área de respeto alrededor del busto de nuestro héroe Arturo Prat Chacón. La plaza de Coelemu es una

lograda plaza para el encuentro social, pero está al margen de las actividades comerciales, que se agrupan en dos calles principales que corren largas en otra parte de la ciudad. Es antes que nada entonces un espacio representacional y del encuentro social y más que constituir la centralidad comercial de Coelemu se contenta con encarnar sólo algunos de los roles de nuestras plazas más tradicionales. Vale la pena pasar unas horas en esta frondosa plaza principal.

## La Plaza de Armas de Quirihue

De Coelemu y pasado el ancho Itata, límite de agua serena y piel de plata reluciente bajo el sol de mediodía, se llega rápido a Trehuaco, para seguir a Quirihue. Los bosques de pino se multiplican verdes al lado norte del río. Lo que antes pensáramos que sería un límite, hoy día ha dejado de serlo. El majestuoso Itata es apenas un bello accidente geográfico para el impetu expansivo del pino Radiata. Las actividades económicas forestales no se detienen ante un río por ancho que sea. Mientras tanto una magnífica autopista nos lleva veloces a Quirihue.



Iglesia de Quirihue.

Entrar a Quirihue es como entrar en un pueblo colonial de la zona central de Chile. Angostas calles de fachadas continuas, aunque sin los corredores tradicionales a la calle como lo veríamos en Curepto. Aquí los muros también dejan entrever el adobe tras los descascarados estucos de cal y arena. Los tejados anchos con sus cumbreras paralelas y sus pendientes a la calle, no conforman los grandes aleros tan típicos de las casonas en los pueblos más al norte de Ñuble. El polvo ocre de las calles termina por mimetizar la arquitectura con un entorno, que nos refuerza el espíritu rural que anima a Quirihue.

La plaza de Quirihue tiene más de una veintena de bancos y asientos rabiosamente amarillos, colocados en todas partes de la plaza, los que a la hora del crepúsculo brillan invitando a sentarse. Al centro de la plaza y al centro de un octógono, un busto monumentalizado de Arturo Prat se yergue valiente contra un cielo azul intenso. A un costado del monolito y en una placa conmemorativa de bronce está representada la epopeya heroica: ¡la Esmeralda se va a pique y la mortandad es terrible! La brisa fresca de la tarde hace tan sereno y distante a Arturo Prat arriba sobre su pedestal en las alturas. Desde allí y con sus frases patrióticas inscritas en su monolito, derrotará con su grito salvaje para siempre la disolución de nuestra nacionalidad: ¡Al abordaje muchachos y el que sea valiente que me siga! Cuatro impresionantes cadenas negras mantienen a raya cualquier ultraje.

En una esquina de esta misma plaza está O'Higgins sobre un monolito, solitario General mirando a los fríos del sur. Desde un busto de bronce para que no nos olvidemos de los sacrificios que costó forjar la libertad en esta Provincia Señalada. Esta es una plaza de héroes y patriotas que son recordados año tras año en actos cívicos con grandes discursos y coronados por el aplauso entusiasta del fervor patriota de nuestras centurias gentes de campo. Después todos se entregan con pasión a los papeños y mostos locales y por las calles galopan belicosos y desenfundados jinetes en cualquier dirección. El más osado atravesó esta misma plaza a galope tendido, como si fuera un Manuel Rodríguez, pero la yegua se fue de brucos y el jinete murió destrozado contra el monolito, abrazando a Arturo Prat.

Y eso que el fino Ruperto Domínguez es cuñado mío; ¡me lo va a creer señor! Agradeci a doña Edelmira García esta historia de la plaza. Pero tuve que invitarla a más de una cerveza.

Ocho palmeras, ocho luminarias y un círculo de cadenas negras encadena lo más central de la plaza de Quirihue, y como ya habíamos mencionado, el dominio central lo ejerce Arturo Prat desde sus alturas. Araucarias infantiles, sauces y tamarindos creando pequeñas pálidas nubes rosadas, ponen sus sombras sobre un mosaico de prados geometrizados, partes de un plan de dos diagonales que dividen la plaza en cruz. En esta plaza se recuerdan muchas otras gestas patrióticas de nuestra América al sur del río Grande. En un borde de la plaza de



Monumento a Arturo Prat, Plaza de Coelemu.

Quirihue veremos una réplica del puente de Boyacá que seguramente celebra el triunfo, logrado en las planicies altiplánicas de Cundinamarca, por el Gran Libertador Bolívar. Pero en esta plaza la algarabía de los pájaros a mediodía apenas deja hablar. Pasan unas viejas con bolsas. Dos carabineros presurosos y unos huasos de sombrero y con saco al hombro desaparecen por la esquina que da a la calle principal de Quirihue.

Alrededor de la plaza está el Teatro Municipal. Siempre lo veo cerrado y el foyer lleno de papeles y mugre. En este costado de la plaza, y a ambos lados del teatro, la arquitectura es mínima y no más de un piso. Sólo en dos de las esquinas de la plaza hay almacenes. En otro de sus costados, un clínica dental moderna se anuncia estridentemente. La otra de las esquinas es configurada por una casona de arquitectura campesina tradicional. Sus pesados muros de adobe y un mar de tejas dan a la plaza. En el costado sur vemos la Municipalidad y al otro lado una monumental construcción pre-moderna con "ojos de buey", muros curvos y estucos grises: es el Liceo de Niñas Arturo Prat. Del retén sólo se ve una pandereta pintada de verde y blanco. El correo se aloja en un edificio en estilo colonial mejicano, todo en tono rosado con rojas flores enredadas en rejas, pilares y sopandas.

Esta plaza de Quirihue es más representacional que configuradora de una centralidad comercial y funcional. Recordemos que apenas dos tiendas se localizan en dos esquinas de la plaza. Este papel representacional está reflejado en su diseño diagonalizado y en las triangulaciones y trazados peatonales y unas sectorizaciones para realizar distintos actos cívicos y patrióticos. Al heroísmo y a la libertad se le rinden tributos permanentes. Mientras tanto los niños juegan y las guaguas se tropiezan en los prados geometrizados. A esta plaza la gente viene los domingos en sus mejores ropas a encontrarse después de la misa. La iglesia tiene cuatro magníficas columnas romanas que ofrece monumentales en su fachada para impresionar a los feligreses.

La plaza de Quirihue no tiene un borde arquitectónico que pueda crear una sensación importante de encierro espacial. La plaza crea su propia presencia e interioridad a partir de sus árboles, los bustos patrióticos, las negras y brillantes cadenas, los bancos amarillos, las ocho palmeras y los anchos embaldosados peatonales. Vive del bullicio de las gentes cuando vienen por ímpetus patrióticos o fiestas populares. Los pájaros y el sol de mediodía son existencias exclusivas para aquellos días en que la plaza anda olvidada entre las gentes. Por encima de la plaza el cielo tan azul y los cerros re-

donados en la distancia, invitan a soñar y recordar. Es por eso que los viejos se quedan mirando los cerros y es como si se olvidaran del mundo. La plaza de Quirihue es entonces un espacio para las representaciones cívico-culturales y un lugar del encuentro social. Pero también es un remanso para la contemplación y las cavilaciones de los ancianos. Apenas a dos cuadras de la plaza, la ciudad se entrega sin apuro a las actividades comerciales y del intercambio y los camiones levantan polvo cuando pasan con sus pesadas cargas de troncos y maderas aserradas por la calle principal de Quirihue rumbo a Concepción o Chillán.

### La Plaza de San Nicolás

La plaza de San Nicolás está como venida a menos. Un ebrio la cruza vociferante. Los pájaros silencian su algarabía para ver qué ocurre con el desaforado. De todas las esquinas de la plaza se puede ver el campo: Las lomas enverdecidas por la agricultura y hacia el oriente la majestuosa blanca montaña.

Una Municipalidad, cerca una cancha cubierta a mal traer, en una esquina casas de adobe derruidas y un "mini-market", también venido a menos, vende junto con yoghures y herraduras, vino suelto por litro. La gente se lo toma por litreado. A un costado, el costado oriente, unas casas campesinas forman un muro continuo perforado con puertas y ventanas casi todas iguales. Sólo los cambios de color van indicando fachadas y viviendas distintas. Se forma como un pentagrama en el cual las puertas y las ventanas representan las notas de una melodía bastante monócorde. Los árboles de esta plaza se desordenan en un bosque increíblemente denso de ramas y copas frondosas. El diseño de las circulaciones peatonales es confuso y contradictorio. Los trazados peatonales van dividiendo el plano de la plaza en tramos que no siguen un trazado ordenador mayor. No hay tampoco una diagonalización de la plaza. El centro lo constituye un rectángulo amurallado de baja altura y un embaldosado con algunos bancos en los bordes.

La flora la constituyen plátanos orientales, aromos australianos, coigües, mañíos, peumos, pinos y radales. Ahora son dos los borrachos que se juntan a vociferar como pueden seguir empujando el codo un día sábado 6 de octubre. En la esquina opuesta los niños juegan en unos juegos infantiles y gritan mucho. A esta plaza llegan nueve calles. Una de ellas parte a mitad de cuadra y nos lleva a poco andar a una acequia entre matorrales y unas alambradas de púas. Al fondo de esta calle polvorienta los marranos escarban las basuras. De todas las otras siete calles que salen de la plaza y a no



Iglesia evangélica. Plaza de Coelemu.

más de una cuadra, comienzan los potreros, los yuyales y se ve pastar a los animales.

Pero ésta es una plaza especial. Por el costado y lado norte pasa la carretera a Ninhue, cuna del héroe de Iquique. También a Quirihue y a Cobquecura, lugar de veraneo y distante en la costa. Escuchar el ruido y mirar el paso de los camiones y buses veloces a este lado de la plaza es como estar en otra parte. De una plaza de campo se pasa en este sector a una plaza urbana. Se trata entonces de una plaza rica en contraste que vive de espaldas a todo lo que la rodea, a excepción el lado norte de ella. En la semana todo el mundo la ignora y los camiones ripieros la recorren por todos sus costados, y se queja la gente del polvo, mientras de súbito desaparecen los camiones por los campos vecinos y areneras. Realmente no hay almacenes en esta plaza. Una iglesia al lado norte es la única edificación importante, fuera de la Municipalidad. El comercio y el retén de policía se ubican en dirección hacia la costa, por la calle principal de San Nicolás al poniente.

Pero también en esta plaza se le rinde un tributo a Bernardo O'Higgins. Se mantienen vigentes de esta manera los ánimos patrióticos desde un monolito que sostiene un reducido busto de bronce. Un muchachito de ojotas y a la pregunta de si sabía quién era el prócer del busto, contestó que sí, que era el escocés colerín. Realmente uno debe preguntarse cómo es que le enseñan a estos niños estas barbaridades!

Una señora muy preocupada me rogó que disculpara estas respuestas tan impúdicas que un gañán de campo. "Es la televisión la que los tiene así pues señor".

Las copas altas y tupidas de los árboles sólo dejan ver las fachadas de las casas como hasta los aleros, de manera que se configura una sensación de relativo encierro. Sin duda es una plaza de efectos visuales y vivenciales bastante paradójicos. Se crea una sensación de encierro espacial que no corresponde a los bordes edificados de la plaza. Son efectos perceptuales creados por la vegetación y la luminosidad que se refleja en las fachadas a la cal a determinadas horas del día. La plaza de San Nicolás juega con nuestras percepciones y crea ilusiones. Es una de las muy pocas cosas que todavía puede hacer esta plaza por nosotros.

Da la impresión que su planimetría se fue dibujando con el tiempo para poder ofrecer a los vecinos distintas actividades y lugares de recreación. Es asimétrica porque la arborización del lado poniente, una ordenada fila de norte a sur, de gigantes aromos, impresiona tanto nuestra percepción de la plaza, que finalmente y casi sin saberlo, buscamos con empeño esas frescas sombras para pensar-sobre lo divino y lo humano. Las copas generosas de estos árboles tan grandes están siempre llenas de bandadas de jilgueros ruidosos. En el verano, negras nubes de tordos guardan silencio entre las hojas.

Un campesino con ojotas y pala al hombro atraviesa esta frondosa plaza camino a los potreros, saluda a unos niños y se aleja por uno de los callejones al campo abierto. Mientras tanto la plaza se queda como a medio camino en todo: no es centralidad comercial y sólo los domingos se llena de gritos infantiles. Pocas son ya las ceremonias cívicas que se celebran por aquí. La gente se ha ido y los que se quedan se tiran en el pasto para dormir la siesta o la mona. Es cuando los vecinos evitan cruzarla de día y más todavía de noche. Los pasteles peatonales están en su mayoría desiguales y subidos por las portentosas raíces de los árboles. Pero seguramente para los automovilistas que pasan rápidos, camino a la costa, se la llevan en sus imágenes plena de árboles y sorprendidos y así imaginan un buen recuerdo de San Nicolás.

**DESDE TIEMPOS ANTIGUOS LA PLAZA FUE UN LUGAR CENTRAL EN LA CIUDAD, MUCHAS DE LAS VECES CENTRO GEOMETRICO, PERO CASI SIEMPRE FOCO PRINCIPAL EN EL ESPACIO DE LAS ACTIVIDADES CIVILES Y CULTURALES DE UNA SOCIEDAD.**

Hans Fox Tinningling



Plaza y paso del camino en San Nicolás.